



*La Novela Gráfica* Nº 50 25<sup>cts</sup>  
**LA HERENCIA MISTERIOSA**  
POR  
MARY PHILBIN Y JACK HOXIE



WHERE IS THIS WEST 23

# LA HERENCIA MISTERIOSA



*Versión literaria de la película de  
igual título, marca UNIVERSAL*

*Creación de la famosísima es-  
trella americana*

MARY PHILBIN

*y del simpático actor  
cinematográfico*

JACK HOXIE



**Exclusiva:**

**HISPANO AMERICAN FILMS, S. A.**

**Valencia, 233**

**BARCELONA**



## REPARTO

Sally Summers, Mary Philbin.  
Juan Marley, Jack Hoxie.  
Brown, Joseph W. Girard.  
Bimbo, Bob Mac Kenzie.  
Buck Osborne, Sid Jordán.

AÑO II

MADRID-BARCELONA-LOS ÁNGELES

NÚM. 49

## LA NOVELA GRÁFICA

PUBLICACIÓN SEMANAL CONSAGRADA AL ARTE DEL SILENCIO

*Redacción y Administración:*  
Rambla del Centro, 80, 1.º  
Teléf. 4656 A.—BARCELONA



*Talleres Gráficos propios*  
Bou de San Pedro, núm. 9  
Teléf. 1167 S. P.—BARCELONA

**Sale los Jueves**

## LA HERENCIA MISTERIOSA

### I

**G**RAVE, como si no acertara a reponerse de la enorme impresión que acababa de causarle la noticia, Juan Marley, mozo de un importante establecimiento dedicado a la cría de vacas y producción de leche, leía el telegrama que un “botones” de la “Western Company”, montado en la clásica bicicleta, le había entregado momentos antes.

El caso no era para menos. Desempeñar las humildes funciones de trasegador de jarros llenos del blanco y alimenticio líquido, y encontrarse de pronto con un cable anunciando que un pariente lejano acaba de morir legán-



dole la mitad de una importante propiedad en el Oeste, era para trastornar el cerebro más equilibrado.

Marley, cuando se encontraba ante algún apuro, recorría siempre a un compañero suyo de trabajo, llamado Bimbo, que, según él mismo decía había sentido inclinación por los negocios lecheros desde pequeño, que le criaban con biberón. El era fiel consejero de Juan y éste no habría dado el menor paso sin consultarle.

—¡Bimbo! — se decidió, por fin a exclamar —. Deja un momento esos cacharos y ven aquí, que tengo que enseñarte un documento de la mayor importancia.

El interpelado, que era poseedor de una enorme barriga y noventa y dos kilos de peso, abandonó el trabajo, y con andar pesado, se acercó a su compañero, murmurando:

—¿Qué hay? ¿Has descubierto algún sistema para aumentar el rendimiento de las vacas?

Por toda respuesta, Marley mostró a Bimbo el telegrama que acababa de llegar a sus toscas manos de descargador. Decía así:

“Juan Marley. Lechería Cescent. Ciudad. — Ha sido usted nombrado heredero de parte de una fortuna. Venga inmediatamente.—Brown y Brown, abogados”.

Bimbo, cuya cultura no era, que digamos la

de Walt Wittmann, el famoso poeta norteamericano, empezó a deletrear mientras Marley, impaciente, preguntaba:

—¿Tú qué harías?

—Procurar que esta gente hiciera estampar las letras un poco más claras... Apenas si lo entiendo...

Como el contenido del documento era bastante explícito, no fué necesario a Bimbo consumir gran cantidad de materia gris para darse cuenta de la suerte que en aquel momento favorecía a su compañero.

—¡Chico! — le dijo — ¡Vas a ser rico!

—No lo sé exactamente,—repuso Marley—. El telegrama no dice en qué consiste esa fortuna, ni a qué cuantía asciende. De todas maneras, me parece que vale la pena de ir a ver de qué se trata. ¿No opinas igual?

Bimbo, naturalmente, opinó como su compañero, sin que hubiese de hacer tampoco un gran esfuerzo cerebral para emitir el dictámen sobre tan grave asunto.

—Yo, — terminó diciendo, — tenía presunciones sobre lo que acaba de pasar. Anoche me estuvo picando la palma de la mano más de media hora. Eso, según el oráculo, es señal de suerte.

—O de que en la habitación hay mosquitos, — repuso Marley —. Entonces, me parece que lo mejor que podemos hacer, es irnos



a ver a esos abogados así que terminemos el trabajo. ¿Verdad?

—Claro que sí.

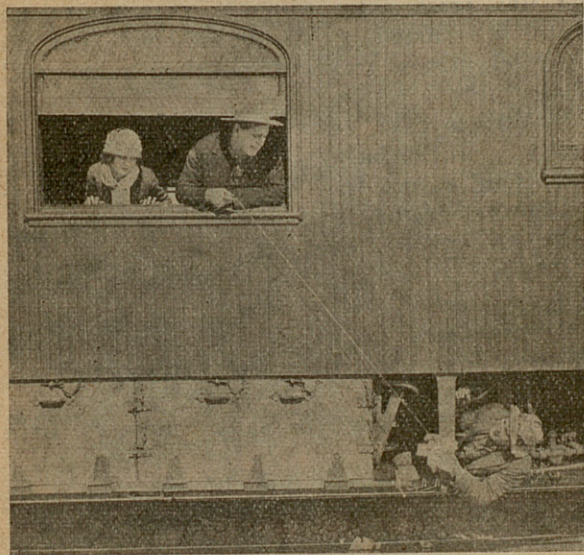
Fieles a la promesa que recíprocamente se habían hecho, cuando salieron de trabajar, los dos compañeros encaminaron sus pasos hacia un restaurant en donde tomaron un tente en pie para esperar la hora de presentarse en casa de los abogados.

Mientras Marley absorbía un plato de sopa, sus ojos se fijaron en una linda muchacha que despachaba en el mostrador dando muestras de visible excitación. A cada momento sacaba del bolsillo de su delantal un papelito cuidadosamente doblado y lo leía con visible complacencia.

El dueño del establecimiento, que vigilaba la marcha del servicio, debió notar algún descuido en el trabajo de la joven, porque se acercó a ella y murmuró unas palabras en voz baja. Sin duda la reprendería, porque la muchacha volvióse con altivez y, quitándose el delantal, se lo entregó al dueño no sin antes sacar del bolsillo el misterioso papel. Después, miróse en un espejito que llevaba, arregló sus cabellos y se dirigió hacia la calle.

—¡Vaya una gente que corre hoy! — dijo en voz alta el fondista —. ¡Una chica que se marcha porque la reprendo, alegando que dentro de pocos días heredaré una fortuna!

Al oír aquellas palabras, Marley, que acababa de absorber su menú, pagó precipitada-



Marley, por medio de una cuerda, proveía a Bimbo de vituallas

mente y salió, siempre acompañado de Bimbo, en pos de la muchacha.

Cuando llegaron a la calle, la joven hizo seña a un taxi para que se detuviera. Juan



aprovechó aquella coyuntura para entablar conversación con ella.

—Perdone usted, señorita — le dijo—. Tengo una prisa extraordinaria por tomar un auto, y si usted y yo siguiésemos, por un azar, el mismo trayecto, podríamos hacer el viaje juntos.

—Voy a casa de unos abogados — contestó la muchacha.

—¡Qué casualidad! Yo también. Aquí tengo un telegrama suyo. Brown y Brown.

—¡Los mismos que yo!

Marley, al oír aquellas palabras, se decidió a preguntar:

—¿Es usted tal vez la heredera de media fortuna cuya otra parte me corresponde?

Y mostró el cable a la joven.

—En efecto, soy yo. Sally Summers, para servir a usted.

—Entonces, puesto que la suerte nos ha favorecido por igual, creo que no hay ningún inconveniente en que vayamos juntos a casa de esos señores.

Sally asintió con una sonrisa. Marley y Bimbo subieron al vehículo, y, dando la mano a la muchacha, la ayudaron a instalarse en su interior. Momentos después, el coche se dirigía presuroso a casa de los abogados que habían de poner a Sally y a Marley en posesión de la famosa herencia.

## II

CUANDO el abogado Brown recibió a los dos jóvenes, su semblante mostraba una cierta reserva como si al presentarse los herederos, se hubiesen frustrado sus planes.

—La herencia que deben ustedes partirse — dijo en tono frío y acompasado — es un rancho en el círculo M. de Utah, pero el testamento exige que vivan allí los herederos por espacio de un año. Como ustedes no me parecen gente muy a propósito para soportar la dureza de vida de aquellos andurriales, y, por otra parte, el valor de la finca, es insignificante, yo les aconsejaría, en beneficio suyo, que renunciasen. Un año de existencia entre indios salvajes y cow boys de los más perversos y criminales instintos, no es una perspectiva muy tentadora...

Marley pensó, con razón, que “el que desprecia el burro, lo compra”, y repuso sin inmutarse:

—Algo valdrá la finca, de todos modos. Yo, si la señorita Sally acepta la herencia, estoy dispuesto a seguirla, aunque sea hasta el fin del mundo.

Aquellas palabras debieron causar, sin duda, favorable impresión en el ánimo de la



joven, porque inmediatamente contestó:

—Pues bien, señor Marley, yo acepto la herencia.

Brown, al oír la respuesta de Sally frunció el ceño, pero como nada podía objetar a aquella actitud, sacó un legajo de documentos, separó una hoja escrita a máquina e invitó a los dos jóvenes a firmar la aceptación del legado.

Contentos de su suerte y haciendo planes para el futuro, salieron Sally, Marley y Bimbo del bufete de los señores Brown y Brown y empezaron en seguida los preparativos de marcha. Como disponían de poco dinero pensaron en tomar pasajes en tercera, pero ni para ello llegaban los fondos.

—Tengo una idea, dijo Bimbo. Tomad vosotros billete y yo me refugiaré encima de los ejes. Hay allí un "sleping" bastante confortable, y que tiene además la inmensa ventaja de resultar gratis...

Para evitar inútiles dispendios, en el vagón restaurant se proveyeron de comestibles en abundancia y Juan Marley, después de entrenarse para la futura lucha en el Oeste aprendiendo a montar a caballo, tirar el lazo y manejar el rifle y el revólver, avisó a Sally y a Bimbo para emprender el viaje al lejano y misterioso Oeste, que creían erizado de peligros y emboscadas, como en los tiempos "patriarcales" de Buffalo Bill...

o o o

Los primeros cien kilómetros del viaje transcurrieron tranquilos. Marley, por medio de una cuerda, proveía a Bimbo de vituallas. El suministro de líquidos se hacía más difícil. Juan arrojaba el agua con una botella a la cara de su compañero, pero éste no conseguía absorber más que algunas gotas.

Al llegar a una estación intermedia, Bimbo, no pudiendo resistir por más tiempo la sed que le devoraba, apeóse de su asiento y corrió a beber a la fuente pública sita frente a la puerta de salida. Creía tener tiempo para reintegrarse a su sitio, mas ¡ay! el tren pitó en el momento que le faltaban diez metros para llegar y cuando fué a subir, el convoy estaba ya en marcha y había alcanzado una velocidad inaudita que hacía imposible toda tentativa de escalo...

Minutos más tarde, Sally y Marley, que se habían asomado a la ventanilla del tren, se preguntaban con espanto qué había sido de su compañero de viaje.

Pero la odisea del pobre Bimbo al poner los pies por primera vez en su vida en el misterioso Oeste merece capítulo aparte y vamos a dedicárselo en seguida.



III

**E**N vano procuró el pobre hombre orientarse para buscar el medio de llegar hasta el rancho que sus amigos acababan de heredar. Como carecía de dinero no podía pensar en tomar el siguiente tren, y se encaminó a pie siguiendo la vía, hasta que, pocos kilómetros más allá de la estación en donde había cometido la torpeza de apearse se vió rodeado por un grupo de individuos cuya sola presencia le llenó de espanto y terror.

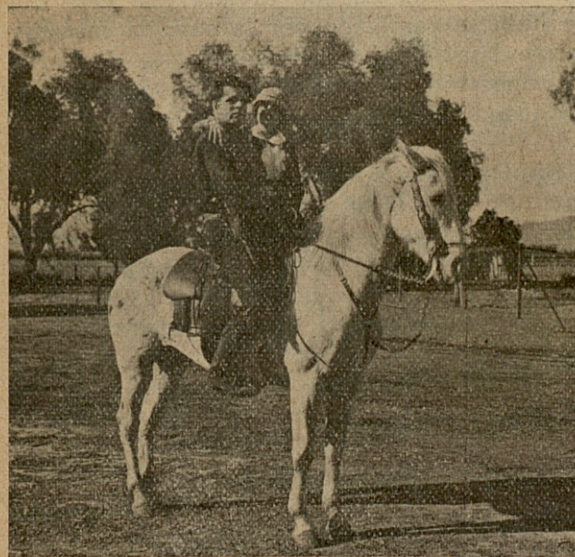
¡Era una partida de pieles rojas!

Los pieles rojas, confinados en sus territorios, que el Gobierno yanqui ha transformado en parques del Estado, viven hoy una vida de reposo y civilización, y si conservan su típico vestuario, es tan sólo por respeto a la tradición y también para atraer a las numerosas caravanas de turistas, ávidos de contemplar a los últimos Siux.

Los "feroces" indios, capturaron al infeliz Bimbo, que ya se consideraba en el otro mundo, condenado a morir en el poste de tortura, y lo condujeron ante el jefe, que usaba el sugestivo nombre de "Agua-en-la-rodilla".

—"Fango-en-la-cara" y yo — dijo uno de

los pieles rojas cuando llegó a la tienda del jefe — hemos capturado a este rostro pálido,



Marley y Sally, montados a caballo, se encaminaron hacia la finca

que sin duda cree que nosotros empleamos los tomawaks para hacernos la manicura.

—Pues bien — repuso el interpelado después de consultar con la mirada a Guende-



lina, su hija mayor, que pasaba, con justo motivo, por una de las principales bellezas del Oeste, aun cuando tuviera una cara que no hubiese cambiado por la suya la más disforme lavandera de Broadway —. Lo arreglaremos todo de manera que el rostro pálido no tenga necesidad de volverse a cortar el pelo.

Bimbo, en sus mocedades, había leído las aventuras de Dick Navarro, y no ignoraba, por consiguiente, la poco envidiable suerte que aquel indio feroz le reservaba. Abrazóse a sus rodillas implorando clemencia, mas todo fué en vano, pues el desalmado guerrero se mostró incommovible.

Los indios guereros le llevaron a una pequeña esplanada que había junto al campamento indio y se prepararon a ejecutarle, para lo que debían machacarle la cabeza con dos enormes troncos. Cuando estaba ya todo dispuesto, "Agua-en-la-rodilla" se levantó y dijo a la "hermosa" Guendelina:

—Vé, y reclama la presa para ti, como hizo Pocahontas en sus buenos tiempos.

La india se acercó al lugar de la ejecución y, con un gesto, imperioso, detuvo la mano del verdugo, a la par que clamaba:

—¡Que mi padre tenga piedad del rostro pálido! ¡Quiero que me reserve esta presa para mí.

—Puesto que tú lo reclamas, sea, contestó "Agua-en-la-rodilla".

Bimbo, más muerto que vivo, se levantó y observó con extraordinaria sorpresa que la india se cogía mimosamente de su brazo derecho. Un sudor frío le invadió la frente.

—Ya sabes — díjole el jefe — que mi hija te ha salvado la vida, y que, por lo tanto, fiel a nuestras leyes, tu existencia le pertenece. Por consiguiente, si no quieres ir al territorio de las cacerías eternas, va sabes lo que te toca: casarte con ella.

"Por fuerza ahorcan", dice un refrán antiguo, y por fuerza casan, sobre todo en el Oeste. Bimbo aceptó, pues no le quedaba otro remedio, y aquella noche, después de pintarle la cara con pintura roja, como exige la tradición cuando un rostro pálido es admitido a convivir en los wigwams, adornarle con plumas y tatuarle un bisonte, dos tomawaks y un potro salvaje, Guendelina se lo llevó a su tienda, y allí se desarrolló la noche de boda del pobre hombre, que imploraba al cielo hiciera un milagro y resucitara a Buffalo Bill, aunque sólo fuese por unas horas...



IV

**D**EJEMOS a Bimbo disfrutando las "delicias" de su luna de miel en territorio indio y volvamos a Marley y a Sally, que acaban de descender del tren y buscan por todas partes a su compañero de viaje.

Los dos jóvenes recorrieron en vano las salas de espera de la estación en busca de Bimbo, pero no pudieron hallarle en ninguna parte.

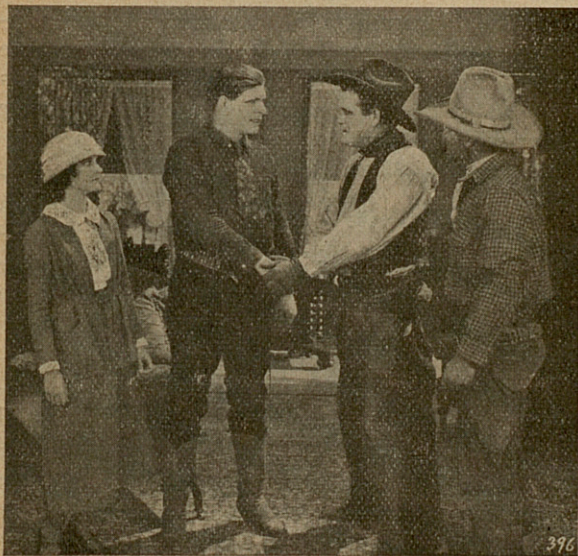
Juan no se atrevió a revelar la verdad al jefe de estación, pero tampoco quiso marchar al rancho sin dejar allí señales de vida por si se presentaba su compañero de penas y fatigas.

—Venía un amigo con nosotros—le dijo—, que sin duda ha salido para ir a comprar algo y se ha extraviado, pues no conoce el país. Si por acaso volviera y preguntara por nosotros, ya hará usted el favor de decirle que nos hemos ido al rancho del círculo M., y que allí le esperamos.

—Serán ustedes complacidos — contestó el funcionario alzando su diestra hasta la visera de la gorra con que se cubría el cráneo.

Marley adquirió un caballo, hizo montar en él a Sally, encaramóse a su vez sobre la

silla y ambos se encaminaron a la finca, en donde el capataz les acogió con hipócrita son-



—No puede usted imaginarse — dijo Buck a Marley — cuanto me ha complacido el conocerle.

risa, afirmando que estaba encantado de que sus nuevos dueños fuesen tan simpáticos.

En realidad, al capataz, llamado Buck Os-



borne, le sentaba como un tiro la presencia de los dos jóvenes. Había creído siempre, pues así se lo aseguraba Brown, que la herencia sería renunciada, en cuyo caso los abogados y él explotarían la finca. Al ver que no era así, el hombre había tomado ya sus medidas para conseguir que aquella gente se aburriera, largándose con viento fresco.

Dos días antes de su llegada, nuestro hombre había dado las oportunas instrucciones a los muchachos del rancho, a fin de que preparasen un simulacro de combate y conveniesen a los herederos de aquella finca de lo peligrosa que era la permanencia en el Oeste.

—No puede usted imaginarse la satisfacción que experimento al tener el gusto de conocerle — dijo a Juan —. Me hace usted el efecto de un hombre sereno y aguerrido, cualidades que no debe usted ignorar cuan necesarias son en este país, que está, por así decirlo, en guerra continua.

En aquel momento resonaron diez o doce tiros y otros tantos cow-boys irrumpieron en la estancia persiguiéndose unos a otros.

—Supongo — siguió diciendo Buck —, que esto no le vendrá a usted de nuevo. Desde esta mañana, en el pueblo han quedado viudas cuarenta mujeres...

Sally, aterrorizada, contemplaba a Osborne.

—Y a propósito — continuó el capataz—. ¿Ha traído usted un revolver?

—Naturalmente — contestó Juan, enseñándole el arma.



Marley puso la mano en el hombro de "Miel Salvaje"

Buck Osborne se echó a reír.

—¿A dónde va usted con esto, angelito del cielo? ¡Los propios mosquitos sufrirían ataques de hilaridad si le vieran ir armado con



este cacharro! Aquí, el que no venga, por lo menos, con una batería de artillería pesada, no está seguro, y aun...

Y metióse en el bolsillo el revolver de Marley, mientras le entregaba otro mucho mejor, pero que estaba cargado con cápsulas sin bala.

—Ese que se ha acercado ahora a mí — dijo Osborne señalando a un cow boy de la peor catadura, es el más terrible de todos. Lo llaman "Miel Salvaje". Cuando estornuda, en diez leguas a la redonda se creen que hay un ciclón.

Como si aquellas palabras fueran una señal, "Miel Salvaje" se encaminó hacia el grupo y cogiendo por la mano a Sally, le dijo:

—Como hoy tengo que disparar unas cuantas docenas de tiros más y necesito algo para recuperar ánimos, dame un beso.

Marley no contestó una palabra, pero puso su diestra en el hombro del individuo y dándole un soberbio empujón, le hizo rodar a tierra.

En un momento, Juan vióse rodeado de los vaqueros, que dieron pronto cuenta de su resistencia. Le ataron con un lazo y le condujeron al pie de un árbol, en donde empezaron a hacer los preparativos para ahorcarlo.

Sally, entretanto, lloraba y gritaba en de-

manda de auxilio. Osborne, que había seguido a los vaqueros, les llamó.

—A este dejadlo estar — les dijo—. Esta mañana ha habido cincuenta muertos y ya basta por hoy.

Cuando Marley estuvo libre, Buck se acercó a él, y en tono confidencial, le dijo:

—Me parece que lo mejor que puede hacer, señor Marley, es irse. Aquí los ánimos están muy excitados contra usted por haber agredido a "Miel Salvaje" y corre usted peligro de que cualquier otro día le hagan pepitoria sin que yo pueda evitarlo.

—¡Ah, no! — contestó Juan—. ¡Yo me quedo! ¡No faltaría más! Y ahora que me doy cuenta, ¿dónde está la señorita Sally?

—¿La señorita Sally? — dijo Buck adoptando un tono compasivo—. ¡Los vaqueros la han raptado en mi ausencia y quien sabe que deben haber hecho de ella, pobrecita!

—¿Cómo? ¿Se la han llevado? — gritó Marley furioso —. ¡Pues prepáreme caballos y municiones, porque yo he de ir a buscarla aunque la tengan oculta en el fin del mundo!



V.

**P**ROSIGAMOS la triste historia de Bimbo, condenado al amor de una piel roja y a la convivencia con aquellos salvajes que le imponían sus más extravagantes e incómodas prácticas.

Una mañana, estaba el hombre rememorando sus tranquilos y felices tiempos en que no tenía otras preocupaciones que el trasegar jarros de leche, cuando se presentó un cow boy con la pretensión de hablar con el jefe.

"Agua-en-las-rodillas" debía conocerle muy bien, porque le recibió con muestras de gran complacencia.

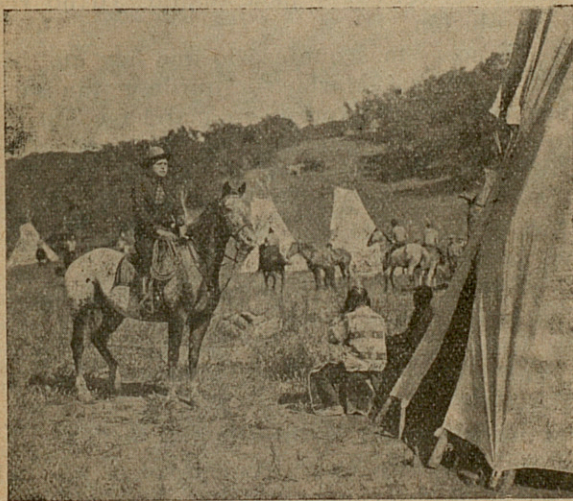
—Me envía Buck Osborne — dijo el desconocido — para ver si pueden mandarme unos cuantos muchachos a hacer un simulacro en el rancho.

—Bueno — repuso "Agua-en-la-rodilla" — no hay inconveniente, pero habrá que pagarles algo bien; figúrate: ¡estaban comprometidos esta tarde para ir a jugar al tennis!

—No vendrá de diez dólares, más o menos.

A Bimbo le tocó en suerte acompañar a la expedición, y hétele aquí entre los guerreros indios que debían infundir a Marley, según los planes de Osborne, el pánico necesario para que se decidiese a abandonar la firca.

—Las cosas van de mal en peor, — dijo con aire sombrío Buck Osborne a Juan Marley. La batalla entre los rancheros continúa y eso no es todavía lo peor.



Montado en su caballo, Marley atravesaba el campamento de los pieles rojas, sin sospechar que allí estaba su fiel amigo Bimbo

—¿Hay algo más? — preguntó Marley.

—Sí, señor. Que los indios quieren asaltar la cabaña de los vaqueros, allá abajo. Y yo no



veo manera de hacer frente. Si usted fuera capaz de una cosa...

—Diga usted.

—A las tres de la tarde, el expreso del Oeste pasa por el cruce de Bragg. Vaya usted, detenga el convoy y pida auxilio. Yo no veo más solución.

—Si no es más que eso lo que hay que hacer — contestó Marley —, quédese tranquilo, que detener un expreso en marcha comparado con la vidita que se lleva uno aquí, es un entretenimiento de niños de teta.

A penas Juan Marley se alejó del rancho, Buck frotóse las manos lleno de alegría. Llamó por teléfono al sherif y le dijo:

—Soy el síndico Slone que le llama desde Newhall. Hemos tenido confidencias de que un peligroso bandido va a detener el tren del Oeste, en el cruce de Bragg. Quiere asaltar el convoy y robar a los pasajeros...

Inmediatamente se movilizó la policía, púsose el telégrafo en movimiento y el jefe del tren, en la estación anterior, recibió el aviso del complot que se tramaba. Mientras tanto, Marley atravesaba campos y bosques montado en su caballo, y cruzaba el campamento de los pieles rojas, sin sospechar que allí se encontraba su fiel amigo Bimbo...

## VI

**M**INUTOS antes de las tres, después de una correría en la que hubo de evitar mil peligros y sortear grandes dificultades, Marley llegaba al cruce de Bragg. Se apeó del caballo y, colocándose en medio de la vía, empezó a agitar los brazos, en demanda de socorro, así que vió acercarse el convoy.

—Este es el bandido — dijéronse los policías que habían montado en el tren por orden del "sherif".

Y con el timbre al efecto dispuesto, avisaron al maquinista para que detuviese la marcha.

Con la sorpresa que es de presumir, Marley vió, al pararse la locomotora casi en seco en el mismo cruce, que seis individuos le apuntaban al pecho con sendos rifles y gritaban:

—¡Manos arriba!

—¡Vaya un socorro que me van a prestar estos tios! — pensó Juan—. ¡A ver si ahora resulta que este es un tren de bandidos!

En un periquete Marley estuvo reducido a la impotencia, amanillado, ligado, despojado de documentos y armas, mientras un hombre barbudo, que parecía el jefe, le contemplaba de hito en hito.



De pronto, el policía que le había quitado el arma y la examinaba cuidadosamente, soltó una sonora carcajada.

—Oiga usted, señor bandido — le dijo en tono de burla — ¿por qué no cargaba usted su pistola con polvos de arroz y pasta dentífrica?

—¿Por qué dice usted eso? — preguntó el jefe.

—Porque los cartuchos con que estaba cargada esta pistola son sin bala.

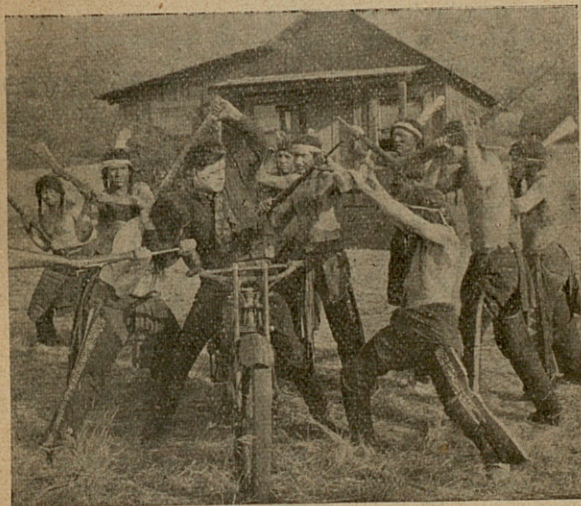
—Yo — se atrevió a protestar tímidamente Marley — no soy un bandido. Soy un pobre lechero que ha heredado una finca aquí cerca y que ahora deben estarla atacando los pieles rojas. He detenido el tren para pedir auxilio.

—Me parece que le han tomado el pelo o nos lo está tomando — dijo el jefe—. Usted, sin duda ha leído mucha literatura de aventuras y le han hecho creer que los pieles rojas invaden todavía las haciendas y que los cow boys gastan las balas como si fueran fósforos. Pero, conste que le han gastado a usted una broma pesada.

—¿Por qué?

—Porque nos han telefoneado no recuerdo de donde que usted era un peligroso bandido que quería asaltar el tren. En fin, váyase en paz de Dios y no reincida, porque ahora ha hecho usted perder un cuarto de hora al con-

voy y el maquinista tendrá que hacer echar los bofes a la máquina para ganar esos quince minutos.



Juan Marley luchó denodadamente con los indios

Marley, furioso por la jugarreta que le había hecho Osborne, se encaminó de nuevo a la finca. Por el camino vió a un sujeto que le interesó extraordinariamente: era "Miel Salvaje", el supuesto vaquero, terror del Oeste.

—Ven acá, bandido — gritó, cogiéndole por



la chaqueta —. Tú y ese sinvergüenza de Osborne habéis tramado todo este lío. ¡Como no me digas la verdad y me reveles sobre todo, en donde está Sally, te pego una paliza que no te queda hueso sano!

—Piedad, señor — imploró el “fiero” ranchero—. ¡Mire usted que tengo la cabeza muy delicada!

—¡Habla!

—Todo fué un simulacro de Osborne, que estaba de acuerdo con Brown para robarles la finca... Querían ver si ustedes cogían miedo y se marchaban, renunciando a la herencia... En cuanto a la señorita, la encontrará usted en la cabaña del ganadero, que ahora los pieles rojas harán ver que asaltan, para acabarla de asustar.

—¡Pues me voy allá enseguida — rugió Marley —, pero piensa que si le han tocado un solo pelo de la ropa, yo he de volver, y allá donde te pesque hago un escarmiento resonante!

Y mientras Juan Marley corría en busca de Sally Summers, el pobre vaquero, molido por los empujones que aquél le había dado mientras le interrogaba, murmuraba, con tono lastimero:

—¡Y pensar que yo era el terror del Oeste y me llamaban “Miel Salvaje”!

## VII

**P**ARA llegar más aprisa, Marley se apoderó de una motocicleta que halló en el borde de un camino, y cuyo propietario se encontraba en aquel momento no lejos de allí, tratando con un ranchero una compra de ganado.

Puso el vehículo a toda marcha, y corriendo como un gamo, se encaminó a la cabaña del ganadero, en donde los súbditos de “Agua-en-la-rodilla” empezaban a representar, con todo el aparato que tan interesante argumento requería, la comedia del ataque.

Juan Marley luchó denodadamente con los indios, que al ver surgir a aquel desconocido que se tomaba la comedia en serio y repartía porrazos a diestro y siniestro, optaron por abandonar su pacífica actitud y pasar de las palabras a los hechos, evocando los buenos tiempos de los Siux y de los Pawnees.

A todos se impuso Marley con el convincente argumento del garrote. Penetró luego en la cabaña y allí encontró, tal como le había dicho “Miel Salvaje”, a la pobre Sally Summers, medio desvanecida de terror.



—Gracias, Juan — murmuró la joven con acento conmovido—. Sin usted, quien sabe lo que hubiesen hecho de mí estos salvajes.

—No hubiesen hecho nada, Sally — contestó Marley—. Todo esto es una comedia indigna tramada por el bandido de Buck Osborne a quien en cuanto pesque voy a pegar una paliza que no se levante de la cama ni en tres meses. Cuanto ha pasado ha sido pura guasa, para ver si nosotros nos asustábamos y nos largábamos de la finca, dejándosela a él y a aquel sinvergüenza de abogado que, como andaba de acuerdo con Buck, no hacía más que decirnos que este era un país erizado de peligros y que no valía la pena arriesgar nuestras vidas para conseguir una herencia de tan poca importancia...

Los dos jóvenes salieron de la cabaña y se dispusieron a marchar al rancho. Pero, con la sorpresa que pueden suponer nuestros lectores, hallaron ante ellos al pobre Bimbo que, después de la derrota de sus "compatriotas", no se atrevía a volver al wigham de los indios, temeroso de que su dulce esposa Guendelina le zurrara la badana.

—¡Cielos! — exclamó. — ¡Sally Summers y Juan Marley! ¡Gracias a Dios que doy con vosotros! ¡Dejadme que os abrace!

—Pero, ¿te has vuelto loco? — interrogó Marley—. ¿A dónde vas vestido de esa ma-

nera? ¿Quieres salir retratado en algún ilustrado?

—Lo que quiero es no volver con aquellos salvajes y, sobre todo, con la hija del jefe, de quien, por fatalidad de las circunstancias, soy el esposo morgánico.

—¿Pero me vas a explicar de una vez por qué vas de esa manera, hecho una facha?

—Sí. Vámonos al rancho y os iré contando todas mis desventuras...

Y por el camino, Bimbo contó a sus amigos la odisea que había pasado desde que se le escapara el tren.

Cuando llegaron los tres al rancho, Buck Osborne había optado por desaparecer, ante el temor de que le mandasen a la cárcel. Los cow boys, que desde el fracaso de la tentativa de su antiguo capataz, se habían "reconciliado" entre ellos, acogieron con la mayor alegría a sus nuevos dueños, previendo que pronto habría casamiento y, por consiguiente, banquete, con la correspondiente excepción a la ley seca...

Porque, naturalmente, después de todo lo que había ocurrido, era lógico que Sally Summers y Juan Marley contrajesen matrimonio. La ceremonia tuvo lugar tres meses después, asistiendo lo más escogido de los ganaderos de aquellos alrededores. Marley quería invitar a los indios de "Agua-en-la-rodilla", pe-



ro Bimbo, al saberlo, se fué a su amigo y le dijo:

—¡No, Juan, por Dios! ¡No me pongas otra vez delante de aquellos demonios colorados, que me harían volver con Guendelina! ¡Y, créeme, que antes que tener que volver a hacer el indio, prefiero hacerme el muerto!

F I N



594